

Las vergüenzas de la izquierda peruana

✦ Nicolás Lynch

DICEN Y REPITEN que estos no son tiempos para ventilar en el Perú la crisis del socialismo, con la izquierda dividida, la ofensiva terrorista y un magro porvenir electoral. Creo lo contrario. Esta es la fragua del nuevo paradigma socialista de cara al fin de siglo.

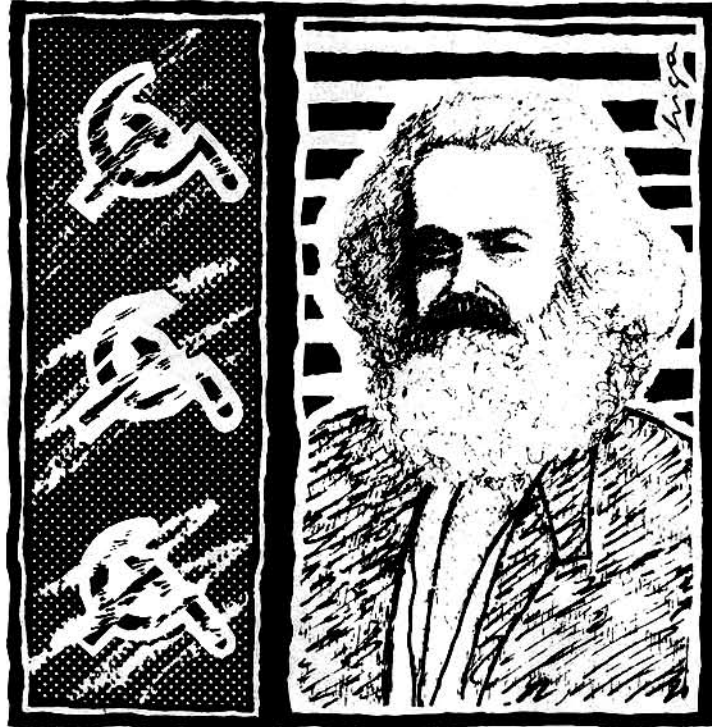
La crisis del socialismo en su versión comunista saca a la luz inevitables traumas que es necesario enfrentar. He tenido oportunidad de asistir, en las últimas semanas, a diversas polémicas sobre el punto y he observado una actitud que va del pesimismo a la agresión, exacerbándose esta última y persistiendo en los dogmas.

Así podemos ver en el último número de *Patria Roja* que Alberto Moreno, frente a nuestros argumentos acerca del funeral del marxismo-leninismo (1), asume la defensa y quiere respondernos desde sus canteras, titulado la réplica «Los muertos que vos mataís os saludan». Contestaremos, pues, también al más allá, pero con argumentos de por acá.

Esta vez, sin embargo, privilegiaremos el problema subjetivo. Si hablamos de funeral consignamos, por lo menos, un muerto. Empero, no nos referimos a personas, ni siquiera a las personalidades ideológicas y políticas máximas de la tradición aludida: Marx y Lenin.

Nos referiremos, más bien, a una sistematización ideológica: el marxismo-leninismo, cuyo autor es Stalin, pero cuya tradición trasciende, incluso, a él mismo. Nos referimos entonces a una sistematización que se asoció a fuerza de repetirla en los cuatro confines del orbe, con Marx y con Lenin. ¿Cuánto de ella corresponde al pensamiento de estos dos clásicos? El asunto implicará, seguramente, vivas discusiones, pero lo que parece claro es que el funeral implica al marxismo-leninismo y no, necesariamente a Marx o Lenin.

Pero si hablamos de funeral ello supone un duelo, la tristeza por una pérdida muy grande que los individuos deben procesar. Sin embargo, ¿un duelo por una sistematización ideológica? Es que se trata de una ideología que se apropia de Marx y de Lenin, deshumanizándolos. Quizás el mejor ejemplo sea la imagen lozana de estos pensadores en los retratos, retocados, que durante décadas repartieron las editoriales soviéticas y chinas. Sin mácula, transparentes, como se suponía que todo debía ser.



Este endiosamiento de los fundadores de una tradición los hace aparecer como padres celestiales, es decir, infalibles y eternos. Ni ellos ni la tradición a las que se les asocia puede morir, y aquel que lo ponga en duda es un hereje.

Por estas razones es que mi propuesta, expresada un mes atrás en una polémica a la que me invitara *Sur-Casa de estudios del socialismo*, de bajar los retratos de Marx y Lenin que adornan las paredes de nuestras casas y pasarles un trapo para quitarles el polvo y si fuera posible reemplazarlos por algunas copias más reales, causó una reacción tan violenta. Era como proponer lo que hace Martin Scorsese en la *Última tentación de Cristo*: bajar a Jesús de la cruz y mostrarlo casado y con hijos. ¿Se acuerdan cómo saltó la jerarquía eclesial? Nos prohibieron a todos, cristianos y ateos, ver la película.

Es interesante cómo el aspecto irracional que todos cobijamos salta a la luz y se vuelve dominante cuando nos hablan de humanizar imágenes que consideramos sagradas; no aceptamos

ni siquiera la posibilidad de hacerlo. En términos de religión esto puede ser entendible porque el eje de la creencia religiosa es la fe en lo sobrenatural, pero en términos de marxismo, al menos en el discurso, ello suena a locura. Los términos de la disonancia nos dan una idea de la gravedad del problema y del inmenso camino por recorrer para secularizar el pensamiento de Marx en nuestro medio.

Entiendo, pues, que nadie quiera deshacerse del álbum de la familia, pero en este caso se trata de fotos alteradas de quienes, biológicamente, no son nuestros parientes. Esta relación familiar, patriarcal diría mejor, es la que propongo terminar.

Pero donde quizá estribe la razón última para entender las reacciones violentas sea en la pérdida del monopolio de la verdad que significa aceptar el final del marxismo-leninismo. Esta forma ideológica no acepta verdades, ni elementos de verdad en otros puntos de vista. Por eso el partido único, los aliados como tontos

útiles, la necesidad de la dictadura y las atrocidades consecuentes.

La democracia, por el contrario, significa incertidumbre, y las resoluciones que se llevan adelante no están determinadas por la brillantez de las ideas que podamos tener sino por una correlación política nacida del voto ciudadano. Pero la democracia no es entonces un simple instrumento, sino un valor intrínseco al quehacer político, cuya sola práctica implica ya un curso de verdad para las decisiones que se tomen.

La pérdida del monopolio de la verdad, por esto, derrumba la seguridad personal de quienes asumen el marxismo-leninismo. Este corpus ideológico, por su vocación totalizante, daba explicación sobre todos los fenómenos históricos y sociales, incluyendo una admirable voluntad predictiva. Su crisis final, por lo tanto, debe afectar subjetivamente a cualquiera que lo haya profesado.

En el Perú, no obstante, la precariedad de nuestra estructuración clasista, agravada por los problemas que atravesamos, nuevamente se hace presente para mostrarnos que la adhesión al marxismo-leninismo ha tenido un alto componente de subjetividad negativa. Me refiero al resentimiento entre los que vienen de abajo y a la culpa entre los que vienen de arriba. Ambos elementos, resentimiento y culpa, no son decartables en la adhesión a una ideología revolucionaria, sobre todo en un país con diferencias tan hondas como el nuestro.

El problema se da cuando estos son los sentimientos fundamentales que motivan la adhesión, dejando de lado otros referentes, particularmente los de identidad grupal o específicamente clasista (lo que el marxismo llama *conciencia*) con un movimiento social o político determinado.

Pero el derrumbe de la seguridad personal amenaza también el doble juego de reglas que tiene el marxismo-leninismo para la lucha política, cuando rechaza la competencia y establece un trato para los amigos y otro para los adversarios. Cómo hacer entonces los juicios definitivos, las condenas absolutas, la guardianía de la historia para que no cometa errores... en fin, se les acabó el mundo. Por eso la violencia, porque muchas vidas pueden parecer absurdas al trasluz de la crisis actual.

Hay un precio por pagar, iqué duda cabe! Nadie ha vivido por gusto y si nos equivocamos tienen que pasarnos la factura. El problema es que conforme pasa el tiempo el precio será mayor, es decir, más habrá avanzado el neoliberalismo por razón de nuestra terquedad.

Hay entonces que afrontar los tiempos, afrontar nuestras vergüenzas, a costa, inclusive, del dolor personal.

Porque tenemos que ganar la partida, aunque sea en el segundo tiempo; un empate no sirve y ahorita, ellos, están ganando.

(1) Lynch, N. «Adiós al socialismo?», en *Temas de Actualidad*, N° 2, Lima, enero de 1990.

Sociólogo del Instituto Democracia y Socialismo, es candidato a una diputación por la Izquierda Socialista con el N° 26.